

Tras la insignia del halcón

© 2003 Jorge Rodríguez Pardo de Donlebún

I · Encuentro fortuito ·

Paseando se encontraba el humilde Jorge, por la periferia de la aldea de Sovia, con su fiel amigo David. Jorge era un joven de unos dieciséis años, delgado, de una altura normal y una constitución notable, tenía los ojos marrones, la tez blanca y el pelo castaño. Era un joven muy inteligente para su edad y hábil como pocos. David, con la misma edad de su amigo, era también delgado, de corta altura y de pelo negro, con una tez casi morena y una constitución aparentemente débil, tenía también los ojos marrones y era bastante avisado. Divisaban ya el Bosque Azul, poblado de robles y hayas, que se entrecruzaban formando una masa homogénea, cuando escucharon un sonido de cascos golpeando contra el suelo, Jorge, seguido por David, se escondió tras unos matorrales al notar que el sonido era cada vez más próximo. Normalmente nunca pasaba ningún grupo de jinetes por aquí, lo que les sorprendió y asustó.

Más sorprendidos quedaron cuando identificaron a los forasteros, al parecer, el rey Don Santiago tendría asuntos que atender en el sur de la provincia, o al menos allí estaba, escoltado por Los Veinte de Hojalata, como llamaban los campesinos a la guardia personal del rey. El rey Santiago, de unos veinticuatro años de edad, aunque aparentaba muchos más, tenía el pelo moreno, era alto y fornido pero con muy poca agilidad, era físicamente torpe pero con una complexión ancha. Los Veinte, capitaneados por el general Ramón, eran la escuadrilla más temida en la provincia, pese a su número, sus armaduras forjadas en las Montañas Ígneas se decía que eran impenetrables, y sus caballos, provenientes de las praderas del Este, eran los más fieros y rápidos conocidos por los pasininos. Ramón era más alto aún que su rey, y más fuerte a sus treinta y dos años, a pesar de ser delgado. Tenía el pelo rubio y los dientes montados dando una apariencia horrible a su sonrisa. Era generalmente cruel y despiadado, a pesar de su lealtad y legalidad.

Aguardaron los aldeanos hasta que la nube de tierra levantada por el paso de los caballos se disipó.

- ¿Qué crees que ha venido a hacer aquí? –preguntó extrañado Jorge.
- Si te soy sincero, no tengo ni la menor idea – contestó su amigo, aún incrédulo- quizá los rumores sean ciertos, y las hordas de Valburgo hayan derribado la Muralla Magna.
- Vamos, eso es absurdo– dijo Jorge, en tono burlón -. Ni siquiera las tropas de Noriega consiguieron dañarla.
- Pues yo no sé que pensar, pero creo que las cosas van a empeorar tras la repentina coronación de Don Santiago – continuaba David, reanudando la marcha.

Mientras tanto, el rey y su escolta se dirigían a Güiro, un pequeño pueblo del norte de Pasinia. No acostumbraban a coger esa ruta, pero un emisario del rey Noriega informó de que el puente del Bacilo había sido destruido por un fallo de ingeniería en la construcción del mismo, que podría ocasionar percances en un futuro.

Noriega era el más poderoso del continente, gobernando desde Episcopos toda su nación. Su imperio, al que llamó Capitolio, se extendía desde el sur de Pasinia hasta el norte de Nyria, bordeando estos países por el este.

Profundamente adentrados ya en el Bosque Azul, los caballos de Los Veinte empezaron a ponerse nerviosos y a encabritarse, caracoleando asustados.

Un relincho acompañó al silbido de una flecha, que acertó a uno de los equinos derribándolo malherido. Rápidamente los jinetes sacaron sus espadas al tiempo que una ola de saetas volvía a amenazarlos. Tres o cuatro camaradas cayeron para sorpresa de Ramón, cuyas tropas habían sido siempre casi invulnerables a los proyectiles gracias a sus armaduras. Por fin descubrieron a sus agresores, una decena de arqueros bandidos ocultos en los árboles, que volvían a tensar sus arcos. Los jinetes levantaron sus escudos preparados para recibir otra ráfaga, cuando, para su sorpresa, un grupo de lanceros (el más temido enemigo de la caballería) salió del hayedo acosando a los animales con sus lanzas.

Con valentía lucharon Los Veinte, pero sus armaduras parecían de

papel contra las armas de los bandidos, cuyas puntas parecían ser de roca o de algún mineral desconocido. Poco más de un par de bajas causaron el rey y sus hombres antes de emprender la huida.

- ¿Pero qué...? - Jorge señaló al frente, hacia donde había ido el rey.

Cinco jinetes parecían huir despavoridos hacia la posición de los aldeanos. Éstos no podían explicarse qué clase de catástrofe natural había podido tener lugar para que el rey y su escolta (al menos parte de ella) se encontraran en semejante estado. Los escudos derruidos, las armaduras hechas harapos, y algunos yelmos casi destrozados. Podía palpase la ira en el rostro semidescubierto del general Ramón, y la desolación en los ojos llorosos cuyo brillo resaltaba por las hendiduras del casco del joven Santiago, aún abatido por la muerte reciente de su padre.

- ¡¿Qué os ha sucedido, mi señor?! – Jorge aún no creía lo que veía.

- ¡Esos malditos bandidos! – interrumpió Ramón a su rey, antes de que éste pudiese pronunciar una sola palabra- ¡No sé como se las habrán ingeniado para fabricar semejantes armas! ¡No puede tratarse de otra cosa sino de brujería!

- Han fabricado sus armas con un material que atraviesa sin problemas nuestras armaduras, no sé de dónde lo habrán sacado – comentó adelantándose Antonio, el más fornido soldado del rey.

- Llamaremos a Miguel Ángel, sigo pensando que la magia ha tenido cabida en esas armas sobrenaturales. - dijo Ramón, más tranquilo.

Miguel Ángel era un sabio sacerdote del este de Pasinia, a diferencia de los demás, su edad no superaba los cuarenta años, se creía que poseía poderes mentales, pero la mayoría suponía que todos sus trucos eran simplemente por su inteligencia, utilizaba la lógica para saber lo que pensaban los demás ejércitos y los planes de los asesinos enviados por Rubio, el rey de Nyria, contra los generales del rey Santiago.

De repente, cuatro hombres, al parecer bandidos, descendieron por una cuerda a la velocidad del antílope, rodeando al grupo por los cuatro puntos cardinales. Los intrusos iban encapuchados, todos con

la misma vestimenta gris, armados con arcos y con un carcaj a la espalda.

Casi en el acto, los aldeanos sacaron sus dagas del cinturón, casi por instinto. Sus cuchillos no eran una gran arma, pero sabían manejarla casi a la perfección. Desenvainaron también los jinetes, sus espadas largas y afiladas, en cuyas hojas se reflejaba el sol cuando las ramas de los árboles, movidas por el viento, permitían el paso de la luz.

Los siete sorprendidos, se vieron en un aprieto al estar siendo apuntados por cuatro arqueros, con sus armas tensas, cuyas flechas, sin duda, tendrían la punta fabricada con aquel mineral misterioso.

De repente, otro encapuchado cayó del cielo, aterrizando entre dos de sus camaradas, este no estaba armado salvo por una espada que le colgaba de la espalda, el mango de dicha espada parecía estar adornado con piedras preciosas. El nuevo llegado se quitó la capucha, dejando al descubierto su rostro.

- ¡Miguel! – gritó de repente Ramón, al reconocerlo, Miguel tenía entre diecinueve y veintidós años, la misma estatura que el rey, el pelo moreno y bastante fuerza y agilidad – ¡Maldito bastardo! ¡Creí que Rubio te había quitado del medio de una vez por todas!
- Vete de mis tierras y llévate a tu prole contigo – intervino Santiago, sin perder la calma.
- ¡Ja! Sé realista, ahora mis hombres no tienen dificultades para derrotar al más fiero enemigo – Miguel, el jefe de los Bandidos de los Bosques, se daba aires de suficiencia -. ¿De verdad crees que me iré? ¿Ni siquiera sin llevarme un recuerdo?

Miguel hizo un gesto con la mano, y otros cuatro arqueros descendieron de la misma forma de los árboles y tensaron sus arcos, Jorge y David temían por sus vidas, nunca se habían sentido tan vulnerables.

David miró hacia las copas de los árboles, y se percató de la presencia de más de veinte arqueros más postrados en las ramas, y advirtió a Jorge con un gesto disimulado.

De repente, se escuchó en la lejanía una especie de grito de guerra y decenas de flechas sobrevolaron las cabezas de los cautivos alcanzando a gran parte de los agresores.

Miguel aprovechó la situación y, mientras todos miraban sorprendidos hacia el lugar del que procedían las flechas, golpeó a Santiago en el costado tirándolo del caballo con un rápido mandoble. Pero pronto descubrió que se le echaba encima una horda de aldeanos seguidos por la guardia urbana de Pasinia, formada mayoritariamente por arqueros a caballo. Al encontrarse en gran desventaja, y habiendo sufrido múltiples bajas en la primera oleada de proyectiles, Miguel y sus bandidos decidieron retirarse.

- Cogedle- gritó Miguel a sus hombres, señalando al moribundo rey, q se desangraba en el suelo por el costado.

Rápidamente, lo subieron a un caballo y salieron huyendo a gran velocidad, mientras que los arqueros postrados en los árboles intentaban causar algunas bajas entre los aldeanos.

- ¡No escaparás!- Ramón cabalgó veloz tras la pista de Santiago, seguido por los otros tres soldados de Los Veinte y los dos aldeanos intrépidos.

Dos jinetes cayeron nada más comenzar la persecución, al ser abatidos por flechas de los bandidos. Ramón y Antonio estaban pisándole los talones al caballo donde yacía Santiago, cuyas riendas las llevaba uno de los bandidos. Perdieron de vista a Miguel, que había desaparecido misteriosamente. También Jorge y David seguían a pie pero a gran velocidad, a los soldados.

Sin previo aviso, Miguel se abalanzó sobre Ramón, apareciendo colgado de una cuerda a modo de liana, de un robusto roble. El general cayó al suelo, y rodó unos metros antes de detenerse. Miguel, sin más preámbulos, prosiguió la huida saltando con una habilidad increíble de árbol en árbol.

Antonio levantó el brazo armado con la espada, dispuesto a golpear al jinete que dirigía el caballo en el que estaba el rey, cuando de repente el suelo se hundió bajo sus pies. Alguien había accionado una trampa que hizo caer a Antonio en un agujero previamente tapado con ramas, que disimulaba su posición.

Jorge, que aún seguía a Antonio, montó el caballo de éste y galopó raudo hacia Santiago, dejando a David atrás. Éste último, con su vista de lince, divisó a un arquero bandido apuntando a su amigo, así que lanzó su daga con una precisión tal, que impactó de lleno en el cuello del arquero, quien, evidentemente, erró su disparo y murió en el acto. Mientras tanto, los bandidos sucumbían ante los proyectiles de la guardia urbana y las simples pero contundentes armas de los campesinos, los cuales tuvieron muchas bajas.

Menos de un metro separaban a Jorge de Santiago, que parecía empezar a despertarse. El aldeano se puso de pie sobre los estribos de su caballo, y saltó sobre el caballo del bandido, cayendo sobre el aletargado rey, a quien Jorge bajó lo más delicadamente posible en movimiento. El bandido se había percatado de la presencia del aldeano a sus espaldas, giro bruscamente tirando impetuosamente de las riendas del caballo. La inercia hizo el resto, Jorge salió catapultado del animal al girar éste hacia la derecha. Pero consiguió agarrarse a la cola, lo que hizo que el caballo relinchara y acelerase. Esto no le benefició nada al aldeano que iba arrastrándose por el suelo, llevándose todo tipo de arbustos por delante. Jorge hizo un último esfuerzo, cuando ya casi no tenía fuerzas para agarrarse al animal, tiró fuertemente de la cola con la mano izquierda para acercarse un poco, y estiró al máximo su brazo derecho para alcanzar la pata trasera del caballo. Hincó su daga en la rótula del equino, lo que hizo que este se tropezara y cayese al suelo, retorciéndose y lanzando al suelo a su jinete. Jorge se acercó corriendo al bandido, y lo agarró del cuello amenazándole con la daga.

- ¡Por piedad, no me mate! –el indefenso de piel cobriza pedía clemencia.
- ¿Por qué seguís a ese Miguel? ¿y como ha conseguido escapar de las mazmorras de Nyria? – preguntó con los ojos llenos de ira el aldeano.
- Él nos prometió bañarnos en oro – contestaba con los ojos llorosos.
- ¿Oro? ¿Y lo habéis creído? ¡Pero si ése bastardo no ha visto un lingote en toda su sucia vida!
- ¡Pero los veríamos a raudales si conseguíamos la insignia!

- ¿De qué insignia me hablas? – preguntaba Jorge, extrañado y a la vez interesado.

- ¡Cuidado! – se escuchó de repente una voz a sus espaldas.

En ése momento un bandido cayó al suelo muerto, y una flecha disparada por éste se clavó en el pecho del interrogado.

Apareció Ramón, seguido por el rey Santiago y un grupo de arqueros a caballo.

- Han intentado matarlo para que no hable – dijo el general, y se acercó a la víctima para comprobar si seguía vivo -. ¡Y lo han conseguido! Maldita sea

- ¿Cómo te llamas, amigo?- preguntó amablemente Ramón al campesino.

- Mi nombre es Jorge, señor

- Su majestad y yo os damos las gracias por vuestros servicios, no hubiéramos conseguido rescatar a Santiago sin vuestra ayuda.

- Es un honor para mí servirlos, aún así no lo hubiera conseguido sin él – contestó señalando a David, que venía exhausto ayudando a Antonio a andar, que presentaba una profunda herida en la pierna.

- ¿Estáis bien, mi señor?- preguntó el herido a Santiago- Lo siento, le he fallado, por suerte estos dos fieles han hecho más que nosotros sin armadura ni espada.

- Y serán recompensados – el rey se quejaba de su herida, al tiempo que llegaba una carreta con un grupo de médicos y un sacerdote.

- ¡Qué suerte que llegó, Miguel Ángel! ¡Tememos por nuestro rey! – Ramón se dirigió al sacerdote.

- Lo llevaremos al templo, veremos lo que podemos hacer.

Miguel Ángel, además de sabio, era bien dotado en las artes de la medicina y las hierbas silvestres, que a menudo contenían sustancias de rasgos curativos.

- Pero antes haced saber al chambelán y a mi mujer que estaré allí, necesitaré de su presencia –hablaba Santiago, mientras lo tumbaban en la carreta -. Los aldeanos serán recompensados, acógelos en la corte como a un soberano más, general.

Ramón asintió. Se alejaron el rey y sus médicos, mientras los soldados recapacitaban y descubrían la magnitud del problema.

- ¡Desastre! ¿Cómo demonios ha podido ocurrir esto? ¿Cómo un pequeño grupo de bandidos del Bosque Azul ha conseguido derrotarnos y alcanzar al rey? ¿Cómo Miguel se ha hecho con el control de ese mineral que traspasa las armaduras con la facilidad con la que se roba a un ciego? – Antonio se lamentaba, mirándose la herida, que no paraba de sangrar, un par de médicos que se quedaron allí intentaban subsanarla con ungüentos sencillos, pero la curación de esa herida necesitaba cirugía y medios que no tenían allí.
- El bandido ha dicho algo sobre una insignia – alzó la voz Jorge, y llamó la atención de todos -. Dijo que verían montones de oro si la conseguían.
- ¿Insignia? No he oído hablar de ninguna insignia que valga más de dos florines –dijo uno de Los Veinte, conocido como Trinidad, era muy bajito y de pelo negro, le decían la rata, por las similitudes entre su cara y la del animal, así como la capacidad de huir ante cualquier situación de peligro.
- ¡Silencio! – gritó el general de repente, mientras permanecía pensativo – He oído hablar a los ancianos de Huécar Montañosa sobre una leyenda, acerca de una insignia, que al parecer inundaba de riquezas a su poseedor.
- ¿Huécar Montañosa? Papanatas, eso es lo único que hay allí, papanatas – contestó el soldado, con aire de superioridad.
- ¡Eso pensé yo, insensatos hemos sido! Si el aldeano dice la verdad, deberíamos ir hasta allí para averiguar algo más sobre esa insignia.

- No miento señor, esas palabras salieron de su boca- replicó Jorge, indignado.
- En ese caso, partiremos al alba, hemos de dar a conocer al rey el motivo de nuestra partida, iguardias! Informen al chambelán – ordenó Ramón, orgulloso -. ¡Trinidad! Vaya a Nyria, averigüe como a escapado Miguel de las mazmorras.

Partieron los guardias hacia el castillo de Pasinia, en Cabildo, capital de éste país. Excepto el capitán, un humilde hombre de armas, llamado Ricardo, de piel cobriza y pelo negro, y de gran estatura, que superaba la de Ramón. También su fuerza superaba la de la mayoría de los guerreros del país, era casi comparable a la de Antonio, solo que la agilidad de Ricardo era también notable, haciendo de él el guerrero perfecto.

Partió también Trinidad hacia Nyria, era un formidable espía, y sabía como apañárselas él solo.

- Sería un honor para nosotros acompañaros en vuestro viaje – sugirió Jorge al general.
- Sois valientes, podéis venir, pero atended, no sabemos que nos aguarda al otro lado del Tínegar, hace años que no visito esa zona y a menudo me llegan noticias de turbulencia.
- Os acompañaremos cueste lo que cueste – contestó David, de repente.
- Pues que así sea – después de decir esto, el general se giró de repente hacia Ricardo -. Por cierto, antes en el bosque, ¿cómo supisteis que estábamos en apuros?
- Fui avisado por dos jóvenes, al parecer paseaban por allí recolectando fruta cuando encontraron el enfrentamiento.
- Me gustaría hablar con ellas, seguramente nos han salvado la vida a muchos de nosotros –continuó Ramón -. Aún no ha atardecido, iremos a Sovia con los aldeanos, querrán despedirse de sus familias, una gran travesía les aguarda. Antonio, vuelve a Cabildo y reúne un grupo de seis hombres dispuestos a acompañarnos en nuestra misión, y descansa, te necesito mañana en plena forma.

- Sí, señor.

II · La travesía ·

Jorge, David, Ricardo y Ramón caminaron hasta Sovia, no fue muy largo el camino. Mientras caminaban el general conoció más a fondo a sus nuevos compañeros, y hablaron de los misterios de las tierras del este y Huécar Montañosa.

Mientras tanto el rey, acompañado de su esposa Jessica y el chambelán Alberto, rezaba a Dios que cesara el dolor de su herida, sobre la que Miguel Ángel aplicaba un ungüento recién descubierto, como última esperanza para la curación de su rey.

Jessica tenía unos veintiséis años de edad, tenía el pelo rubio, dividido en dos trenzas, era de baja estatura y de nariz respingona, además de unos preciosos ojos verdes. Alberto, por el contrario, era alto, aunque nada fornido. Tenía veintiún años y el pelo castaño, sus ojos marrones siempre en cuidado del rey, hacían de Alberto, la mano derecha de su majestad.

- Los guardias le informan que partirán al alba hacia Huécar Montañosa, mi señor.
- Quiero que les acompañes en su expedición, mi presencia no ha de faltar en un viaje de tal importancia, tú, amigo mío, serás mi representante en ese viaje – el rey necesitaba al menos una semana de reposo, según las estimaciones del sacerdote.

Por fin llegaron al pueblo, una empalizada con una gran puerta de madera tallada daban la bienvenida a Sovia a los visitantes. Era una aldea pequeña, en la entrada de la ciudad estaban las casas de más alto nivel, tenían bonitas cristaleras y jardines muy bien cuidados, el resto de las casas eran casi chozas, y a las afueras se asentaban algunos grupos de indigentes en viviendas aún más primitivas.

Ricardo les presentó a las campesinas que les habían avisado, una se llamaba Cristina, tenía dieciséis años, tenía el pelo castaño, y una tez blanca con pequeñas pecas. Esto, junto con su baja estatura, hacían de ella una joven linda y muy atractiva. La otra chica, también bellísima, se llamaba Sarah, tenía diecisiete años y era alta y de pelo castaño también, además de tener una sonrisa que parecía conquistar a todo hombre que la contemplara.

- En el nombre del rey y de todos los aquí presentes, os doy las gracias por avisar a la guardia a tiempo, sabe Dios qué hubiera sido de nosotros si no – se adelantó Ramón, era un hombre comprometido con su mujer, Miriam, y no le llamó la atención la belleza de las jóvenes, a pesar de que ésta carecía de atractivo alguno.
- No tenéis por qué darlas, honorable general, es nuestro deber servir al rey y sus paisanos – Sarah parecía más extrovertida que su amiga, quien aparentaba gran timidez.
- Ha sido un placer conocerlos, pero debemos partir hacia las tierras del este sin demora, está empezando a oscurecer – continuó el general.

Llegaron al castillo ya entrada la noche, era una maravilla de la ingeniería para los aldeanos, que estaban acostumbrados a ver pequeñas casas o como edificio más alto, el pequeño templo de Dios de la aldea. Los sirvientes los acomodaron en unas habitaciones de gran prestigio, aunque no fueron menos de cien los escalones que tuvieron que subir para llegar hasta ellas.

Mientras tanto, Trinidad caminaba hacia la frontera de Nyria más alejada del Bosque Azul, para evitar volver a encontrarse con Miguel y sus secuaces. Pasó la noche en Güiro, y partió de nuevo de madrugada. Caminaba a paso ligero, ayudándose de un bastón, y utilizaba también de vez en cuando un machete, para cortar la maleza alta que le hacía más difícil el avance.

Los primeros rayos de sol iluminaron el cielo. Trinidad se situó en una pequeña colina y miró hacia atrás, ya no divisaba Sovia, ni Güiro, ni el Bacilo. Nyria no estaba lejos.

Siguió caminando el soldado, hasta que escuchó a alguien que silbaba alegremente una melodía.

- ¿Quién anda ahí? – Trinidad miró a su derecha, de donde provenía el sonido.
- ¿Eh? ¿Me lo dices a mí? – surgió de la maleza un hombre de pelo negro, de piel morena y unos veintiocho años de edad, tenía un acento extraño, que Trinidad no había escuchado nunca, además de rasgos orientales en su cara.

- ¿Quién eres?
- Me llamo Enrique, soy un comerciante de Arbizk Tzan, me dirijo a la capital de Nyria.
- ¿De dónde procedes? – el soldado no había escuchado nunca hablar de Arbizk Tzan, ni siquiera sabía pronunciarlo correctamente – Tu pueblo queda al otro lado del mundo ¿verdad?
- Vengo de dónde vosotros llamáis “el lejano oriente” – Enrique parecía un hombre simpático, y era agradable conversar con él.
- Bueno, así lo llaman en Nyria, yo nací en el Golfo de Oro, al oeste de Pasinia, allí lo llamábamos “el país del arroz”, pero me fui a vivir a Cabildo cuando empecé a servir al general – Trinidad llevaba una semana sin hablar con nadie, ya que recorría las rutas menos usuales para evitar a los asaltantes, que, según decían, abundaban en la frontera.

Prosiguieron su camino los dos nuevos amigos, contando anécdotas sobre sus juventudes y sus experiencias más íntimas.

Sonó la campana del monasterio, anexionado al castillo. Una de las doncellas de cámara despertó a los aldeanos, Ramón y sus hombres aguardaban tras el foso la llegada de los más perezosos.

La doncella se llamaba Alicia, era muy joven, no tendría más de diecisiete años. Tenía el pelo castaño y ojos marrones, su mirada era tierna e inspiraba confianza, era muy guapa e hizo buenas migas con los aldeanos, ya que fue ella la que les enseñó el castillo cuando llegaron.

Los aldeanos se prepararon para el viaje: camisa de algodón, peto de cuero tachonado, pantalones, botas de cuero y daga al cinto. Alicia les dio una bolsa de tela llena de comida, pan, frutas, hortalizas y carne serían sus próximas provisiones.

Después de rezar un padrenuestro los aldeanos cruzaron el foso, allí aguardaban un grupo de soldados y el chambelán, que les acompañaría en su viaje. Ricardo les deseó suerte, él tenía asuntos pendientes en Sovia y no podía demorarse.

David montó con Alberto y Jorge con Antonio, ir a pie sería un gran atraso.

- ¡Partimos hacia el este, que Dios nos ampare! – gritó Ramón, al tiempo que iniciaba la marcha.

Mientras tanto, dentro del castillo, Alicia hablaba con su mejor amiga, Ana. Ana era tan bella como su amiga, no era muy alta, tenía los ojos marrones y el pelo rubio, y multitud de pecas le cubrían el rostro. Era muy estimada por la reina por su simpatía y su habilidad para hacer todas sus labores.

- He encontrado una llave que no había visto nunca – comentó Alicia -. Estaba debajo de una losa suelta, en la habitación del rey, la encontré por casualidad cuando limpiaba el suelo.
- ¿Una llave? ¿Bajo el suelo?
- Sí, parece muy antigua - Alicia sacó la llave de su bolsillo, era una llave plateada, con motivos florales grabados, bastante pesada para su tamaño.
- Un momento, creo que sé qué abre esa llave, sígueme – contestó Ana, decidida.

Las doncellas bajaron hasta los calabozos, a Alicia esto le extrañó bastante, ya que no solía bajar a los calabozos para nada, allí solo había celdas, en su mayoría vacías, ya que los delitos menores no se castigaban en el calabozo de la capital y no se solían cometer delitos muy graves en ésta época del año.

Ana condujo a su amiga hasta una puerta en el pasillo del calabozo, tras la puerta había unas escaleras que descendían aún más.

- Nunca había entrado aquí – dijo Alicia, extrañada.
- Yo tampoco, hasta que el chambelán me mandó limpiar todo esto por la ausencia del ujier que se ocupa del calabozo.

Llegaron al final de la escalera, había una amplia habitación sin ventanas ni ningún tipo de iluminación salvo la luz que provenía de las escaleras. La habitación estaba vacía, sólo encontraron un gran

baúl de madera, en el que aparecían grabados motivos florales muy similares a los de la llave.

Alicia metió la llave en la cerradura, el cerrojo cedió, y, ayudada de Ana, abrió el baúl.

En el interior solo había cientos de finas varas de hierro oxidadas, que ocupaban todo el volumen del mueble.

- ¿Para qué crees que sirven estas cosas? – dijo Ana, decepcionada por el contenido del baúl.
- Vamos, tenemos que irnos de aquí, he escuchado pasos – respondió de repente Alicia.

Rápidamente, ésta última cerró el baúl y se guardó la llave, y salió de la habitación a toda prisa junto con Ana.

Cerraron la puerta silenciosamente, mientras observaban los movimientos del centinela cuyos pasos había escuchado la doncella. En cuanto el guardia entró en una de las cárceles para azotar a un cautivo que le había insultado, Ana y Alicia subieron sigilosamente las escaleras hasta el nivel de las habitaciones de donde vinieron, y de donde nunca debieron salir.

Hasta el Tínegar, todo eran praderas, valles y senderos pedregosos, por los que ahora caminaba la expedición.

- Acamparemos aquí, comeremos y proseguiremos nuestra marcha mañana – dijo Ramón con voz firme.
- ¿Queréis un poco de pan?–preguntó el soldado Antonio a los aldeanos.
- No gracias, sucumbimos ante hambre hace un rato y nos comimos casi todas nuestras provisiones –contestó Jorge, risueño.
- Sí, no estamos acostumbrados a pasarnos todo el día sin comer - añadió David.

Gruesos troncos de roble fueron pasto del fuego, las llamas de la hoguera iluminaban la cara de los presentes, que preparaban sus mantas para dormir en breve.

- Creo que nos hemos desviado de nuestra ruta – el tono de voz de Enrique sugería gran preocupación, rozando el miedo.
- Tienes razón, según el mapa vamos en dirección a Capitolio Noreste, deberíamos ir por ese sendero- Trinidad señaló un camino a su izquierda.
- ¿Estás seguro de que debemos ir por ahí? Últimamente está habiendo muchos robos por esta zona, y ese sendero no parece muy transitado, puede que sea peligroso.
- Correremos el riesgo- Trinidad se hacía el intrépido.
- De acuerdo – era obvio que Enrique desconocía la cobardía de su compañero y también su apodo, la rata -. Pero deberíamos hacer una parada para dormir, ha anochecido.
- Mira, ese lugar es idóneo para pasar la noche – el soldado señaló ahora una especie de hórreo abandonado que parecía verse a unos cientos de metros en la espesura -. Estaremos resguardados del frío y la lluvia.
- Adelante pues, compañero – Enrique estaba muy cansado como para poner pegas.

Por suerte, el hórreo tenía la llave puesta en la puerta, no tuvieron ningún problema para entrar. El interior estaba cubierto de telarañas y restos de grano esparcidos por el suelo.

Enrique sacó unas mantas y durmieron sobre ellas.

- No lo entiendo, ¿tanto misterio por un puñado de barras de metal? – Ana hablaba con Alicia mientras volvían a sus habitaciones a dormir.
- La llave bajo el suelo, la habitación del calabozo... Seguramente habría algo más valioso anteriormente pero ya lo han sacado – Alicia no le daba tanta importancia al hecho de no haber

encontrado nada, además, llevaban toda la tarde dándole vueltas al asunto. Pero a pesar de todo, le invadía la curiosidad.

Cuando Ana se acostó, la doncella bajó hasta los calabozos, se cercioró de que no había guardias, y entró en la habitación.

No parecía que nadie hubiera entrado en la habitación desde que lo hicieran ellas, así que sin más preámbulos sacó la llave y abrió el baúl. No encontró nada nuevo, pero escarbó entre las barras de acero con ahínco, tenía el presentimiento de que no eran en vano sus esfuerzos. Pero en vano fueron, el aceite de las lámparas del calabozo se consumió a medianoche como de costumbre, y Alicia quedó completamente a oscuras. Sólo consiguió herirse en una pierna al tropezar subiendo los escalones, su presencia allí pasó inadvertida.

Había por los alrededores un vándalo llamado Mario, tendría unos veintiún años, era de muy corta estatura y de piel cobriza. Tenía el pelo negro y además siempre iba vestido con ropas oscuras, con lo que era casi invisible en la oscuridad.

Se acercó el vándalo al hórreo donde descansaban Trinidad y su amigo oriental. Sacó una ganzúa y abrió lenta y silenciosamente la puerta, durmiendo profundamente estaban sus presas.

El suelo crujió bajo sus pies, Mario se acercó sigilosamente a la mochila de Enrique, era grande y con un diseño muy extraño.

Airoso huyó el vándalo con todas las provisiones de sus víctimas.

Un relincho despertó a los aldeanos, rápidamente se prepararon para continuar la marcha y subieron a sus respectivos caballos.

El chambelán parecía estar sumergido en sus pensamientos, mientras escribía en papel de cáñamo con tinta china:

Primer día de expedición:

El sol ilumina nuestras cabezas, nunca viose una primavera tan seca en la estepa oriental de Pasinia. Los aldeanos que nos acompañan no parecen estar acostumbrados a este ritmo de vida, pero sobrevivirán.

La herida del soldado Antonio presenta mejoría, no necesitará atención médica por el momento.

El viento sopla desde el sur, estamos a mitad de camino del Tínegar. Apenas nos quedarán provisiones para cruzar el desierto, pero quizá hagamos una parada en algún pueblo cercano para comprar agua y comida. Con un poco de suerte nos encontraremos con la caravana de mercaderes de Episcopos.

Hasta ahora la moral de la tropa es alta, pero mermará durante la travesía hacia Capitolio.

Con el general Ramón a la cabeza, la expedición continuó su viaje.

Mientras tanto, a kilómetros de allí:

- ¡Qué ha sido eso!- la puerta se cerró súbitamente a causa del viento, despertando a Enrique- ¡Trinidad, despierta! ¡Alguien a entrado aquí esta noche, la puerta estaba abierta!
- ¡Oh, no! ¡Se han llevado nuestras provisiones! – el soldado echó en falta la mochila de su amigo.
- ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Te dije que esta zona no me gustaba nada!
- Mantén la calma, Enrique, buscaremos alguna posada en el mapa, aún conservo algunos florines en mi jubón.
- Me temo que eso no va a ser posible, guardé el mapa en la mochila.
- ¡Maldita sea! – Trinidad tenía la impresión de que las cosas no podían ir peor –. Seguiremos por el sendero que tomamos

anoche, es lo mejor que podemos hacer, quizás encontremos a algún mercader por el camino.

- De acuerdo, pero aconsejo que aceleremos el paso, cuanto más andemos, más posibilidades tendremos de encontrar comida, no me gustaría morir en tierras extranjeras.

Raudos caminaron Trinidad y su amigo, hasta que atardeció, y no tenían fuerzas para continuar a aquella velocidad.

La sed hacía más difícil la marcha, y aún más el calor.

Cayó la noche, y Alicia volvió a los calabozos, decidió darle una última oportunidad a la posibilidad de encontrar algo de valor en el baúl.

Esta vez tomó una vela, no iluminaba demasiado, pero no quería llamar la atención. Sacó la llave, he hizo lo propio, las vigas seguían allí, Alicia, sin saber por qué, tenía la esperanza de encontrar algo valioso en lugar de eso.

Aunque con menos ánimos, la doncella buscó bajo los hierros, iluminando con la vela. Parecía que nunca iba a encontrar el fondo del baúl, cuando de repente la luz de la vela se reflejó sobre una superficie brillante, entre el amasijo de hierros y telarañas. Alicia metió la mano entre las vigas, y palpó algo redondo, de tamaño poco menor a la palma de su mano. Sacó el objeto y lo iluminó con la vela, y se quedó boquiabierto al descubrir una especie de medalla con un águila grabada. Había dejado la puerta abierta, y una súbita corriente de aire hizo que ésta golpease fuertemente la pared.

Rápidamente, la doncella se guardó la medalla, cerró el baúl y volvió a su habitación.

A las orillas del Tínegar acamparon esta vez los pioneros.

Gracias a la habilidad de los soldados con las redes, podrían alimentarse durante un par de días más a base de pescado. Ramón no optó por comprar comida en algún mercado cercano, no quería desviarse ni lo más mínimo de su ruta.

- Mira, puede verse el desierto desde aquí- comentaba Antonio al chambelán, señalando al frente. Casi en el horizonte podían divisarse algunos kilómetros de arena, amarilla como el azufre.
- Leí un libro hace unos meses que hablaba de este desierto, hablaba de tres secciones, la primera “El lago de azufre”, no era una etapa muy dura, sin embargo, la segunda, a la que llamaba “Llanura pálida”, era al parecer la más difícil de atravesar. Según estaba escrito la arena allí es blanca, y a menudo escorpiones venenosos atacan a quienes se internan en ella. En cuanto a la última, la llaman “La etapa oscura”, y no hay casi nada escrito sobre ella, normalmente quienes atraviesan el desierto se desvían hacia el norte o hacia el sur al llegar al segundo tramo.
- Debéis descansar, mañana nos levantaremos más temprano aún, quiero atravesar el desierto lo más pronto posible, la moral de los chicos está disminuyendo.
- De acuerdo, general.

De madrugada, Trinidad y su compañero seguían caminando.

- Estoy exhausto, tengo hambre, tengo sed, necesito descansar, idame un respiro! – el sudor empapaba las ropas de Enrique, que empezaba a palidecer - Seguiremos mañana.
- Yo también estoy cansado y hambriento, pero no vamos a encontrar comida si nos paramos – Trinidad estaba mejor preparado para estas situaciones, pero aún así apenas tenía fuerzas para seguir.

De repente, un relincho se escuchó detrás de ellos.

- ¡So, caballo! – apareció un hombre con el pelo rizado y los ojos marrones, de buena estatura y bastante fornido, llevaba joyas en el corcel y en sus ropas, que parecían de alta calidad.
- ¿Qué ocurre, hermano? – otro hombre apareció tras el primero, con las mismas facciones pero de menor estatura.
- ¿Quiénes sois? – preguntó el más alto de los hermanos.

- Me llamo Trinidad, sirvo al rey don Santiago de Pasinia, éste es mi amigo Enrique, es un comerciante del oriente –dijo el soldado rodeando a su amigo con el brazo.
- No presentáis buen aspecto –continuó el caballero.
- Alguien nos robó todas nuestras cosas mientras dormíamos, llevamos todo el día deambulando en busca de alimentos –se adelantó Enrique.

El caballero miró hacia atrás, su hermano asintió con la cabeza.

- Os acogemos en nuestra casa, a cambio, trabajaréis durante una semana para nosotros, después, deberéis salir de nuestras tierras. Me llamo Javier, soy el duque de Genia.
- Mi nombre es Fernando, duque de Cazquenia, soy su hermano – se adelantó el otro hombre.
- Muchas gracias, vuestras mercedes serán recompensadas – Enrique hizo una reverencia.
- Subid pues, no hay tiempo que perder- dijo Javier.

Trinidad parecía no estar muy de acuerdo con la oferta del duque, su general le había encomendado llegar hasta Rubio, y no podía demorarse estando una semana en Capitolio Noroeste, pese a ello, montó el caballo de Fernando.

Cabalgaron los cuatro durante toda la noche, hasta llegar a un amplio jardín lleno de flores exóticas y ornamentaciones como fuentes o esculturas.

Al final del jardín había una casa grande y lujosa, casi parecía un palacio.

Un criado les abrió la puerta, y los duques acomodaron a los viajeros en unas habitaciones casi tan lujosas como las del castillo de Cabildo.

Los nuevos inquilinos no tardaron ni medio minuto en caer en un profundo sueño, su cansancio superaba su hambre.

El sol iluminó el castillo, y Alicia ya llevaba un tiempo haciendo sus tareas mientras las demás doncellas dormían, pues quería que le dieran permiso para salir del castillo.

Tenía en mente ir hasta Sovia, allí decían que estaba el mejor orfebre de la provincia.

Consiguió su propósito sin problemas, normalmente lo hubiera tenido difícil para salir del castillo antes de tiempo, pero la ausencia del chambelán, siempre muy severo y exigente, hizo posible su objetivo.

Se puso ropa cómoda y contrató a un montero, le pagó lo suficiente como para que cabalgara con urgencia, pues entre Cabildo y Sovia había bastante distancia.

Galopó el montero a gran velocidad, y apenas le dio tiempo al sol a moverse cuando ya habían llegado.

Alicia preguntó a la gente del lugar donde podía encontrar al orfebre, ya que ella no solía ir por allí.

Los aldeanos la guiaron hasta una casa grande adornada con objetos de oro y plata. Dentro encontró a una muchacha:

- Perdona ¿dónde puedo encontrar al orfebre?
- Sí, soy su hija, me llamo Cristina, está en la habitación contigua, ha ido a buscar unos broches de oro que han encargado unos mercaderes. Ahora mismo vuelve – dijo la chica con un tono dulce y amable.
- Ah, bien, yo me llamo Alicia, es un placer conocerla.
- El placer es mío. ¿No es de por aquí verdad?
- La verdad es que no, vengo de la capital.
- ¡Me encanta visitar Cabildo! He ido varias veces con mi padre, José Manuel – comentaba entusiasmada Cristina.

La puerta se abrió, y apareció un hombre de mediana estatura, con los ojos claros y el pelo oscuro con algunas canas:

- Buenos días, ¿en qué puedo servirla?
- Me gustaría saber el valor que puede tener este objeto – Alicia sacó la medalla, Cristina se quedó asombrada, ¡parecía oro puro!
- ¿Podría ayudarme?
- Sí, por supuesto – dijo José Manuel, sacando una especie de lente y observando el objeto – vuelva dentro de unos días y le daré información detallada de ello.
- Muy bien, volveré al final de esta semana, muchas gracias.

Segundo día de expedición:

Debe ser mediodía y el calor empieza a ser un grave problema. El desierto se extiende delante de nuestros ojos, en breve nos veremos rodeados de arena por todas partes.

Las reservas de agua se agotan a una velocidad vertiginosa, y algunos de los soldados no presentan buen aspecto.

El sol y el calor no son nada beneficiosos para la herida de Antonio, que casi había cicatrizado. En cuanto a los aldeanos, parece que se abstienen correctamente de comer como lo hacen normalmente, pero no rinden al cien por cien con un estómago al cincuenta.

El general se empeña en acelerar el paso y terminar esta tortura cuanto antes, pero los hombres casi no dan más de sí.

Espero que la travesía no se prolongue demasiado.

Mientras tanto, en las profundidades de Nyria, en el “Castillo De Su Majestad”, se encontraba el rey Rubio, de espalda ancha y estatura media, con el pelo castaño y una nariz puntiaguda, en su gran trono:

- ¡Wenceslao!- gritó a uno de sus generales- Mis espías me informan de que la insignia ha caído en manos del orfebre de Sovia, no me preguntes cómo ni por qué, este asunto se nos ha ido de las manos. Tienes que conseguir esa insignia en un plazo de cuatro días, al final de la semana, su portadora, a quien mis hombres aún no han identificado, sacará la insignia de Sovia y posiblemente quede fuera de nuestro alcance.
- De acuerdo señor- contestó un hombre rubio de ojos azules -. Partiré hoy mismo hacia Pasinia.

Wenceslao preparó su equipo y cabalgó a solas por las colinas hacia el país del rey Santiago, no era muy alto ni muy fuerte, ni tampoco muy inteligente, pero solía conseguir sus propósitos de una forma u otra.

¡Malditos holgazanes!- una voz grave retumbó en la habitación -. ¡Levantaos y tomad hoz y grano, porque mis tierras no se siembran solas!

- Sí, don Fernando – contestó aún aletargado Trinidad, que simulaba temor ante la presencia del duque, esperando una oportunidad de huir.
- Sí, señor – respondió a destiempo Enrique mientras se desperezaba.

Salieron los viajeros de la habitación, y volvieron a contemplar la parcela que rodeaba la morada de los duques: cuatro pulgadas de verde césped bajo sus pies, al lado de la fuente, un pequeño estanque, rodeado de todo tipo de flora, desde junco hasta ruibarbo, y un poco más allá, una estatua que seguramente representaba a algún personaje importante que no conocían.

Cogieron un cesto de semillas cada uno, y un azadón, comenzaron a labrar las tierras de don Fernando y don Javier, que supervisaban de vez en cuando las tareas de sus trabajadores.

Sometió el orfebre el objeto dorado a diversos procesos químicos, lo pesó, lo midió, lo observó detenidamente con una lente de aumento, vertió sobre la medalla distintos tipos de ácidos y bases y observó sus reacciones. Finalmente anotó en su libreta su conclusión, aunque aún tenía algunas dudas. El sol empezó a ocultarse y José Manuel volvió a su casa, aún pensando en la medalla.

La noche era muy fría en el desierto, y dos soldados más habían enfermado, las tropas intentaban continuar caminando con ahínco, pero el vaho que expulsaban continuamente sobre sus manos no era suficiente, y éstas empezaban a palidecer y a quedar inmóviles.

- Señor, uno de sus hombres tiene una pierna gangrenada, no podrá continuar – Jorge hablaba con dificultad, estaba mareado y tenía el rostro blanco como un cadáver.
- De acuerdo, acamparemos aquí mismo, intentad encender un hogar, aunque no creo que sea fácil con este viento y las pocas ramas que nos quedan – Ramón actuó por fin con sensatez, aunque ya era demasiado tarde para algunos.
- ¡Eh, mirad! – gritó Antonio con su grave tono de voz -. ¿Qué es aquello?

- Parece una duna, arena blanca como nieve, creo que estamos cerca del segundo tramo de desierto – contestó el chambelán, sin dejar al descubierto la felicidad que le inundaba el cuerpo.
- No se como se las arregla el general para mantener su salud y su aspecto intactos – susurraba Jorge a David, que parecía estar aun en peor estado.

Todos rezaban para sí mismos, quien sabe cuántos amanecerían con vida...

Wenceslao parecía no descansar nunca, ya casi podía divisar las luces de la frontera con Pasinia, y seguía cabalgando durante la noche, sin más provisiones que una pequeña bota de vino. Mientras tanto, cerca de allí se encontraban Trinidad y Enrique, éste último completamente ajeno a las intenciones de su compañero:

Desde que llegó a la casa de los duques llevaba planeando su huida, ya había aprendido a amansar con discreción a los caballos, que se excitaban con el más mínimo tintineo de la luz de la antorcha que alumbraba el establo. También había estudiado con detenimiento las labores de los criados, para que no lo sorprendieran en plena faena. Incluso se había pasado la noche anterior desmontando la ventana, por donde pensaba salir, después la había colocado sin atornillar, simplemente sujeta por algunos resistentes hilos que había robado al sastre de don Javier.

Así pues, Trinidad se levantó en mitad de la noche y, cortando los hilos con su daga, quitó la ventana. Cogió una soga, y la ató al alféizar de madera, que tenía un orificio lo suficientemente amplio como para atar la cuerda. Por fin saltó, deslizándose por la soga, y cayó más ruidosamente de lo que esperaba, pero no parecía que hubiese llamado la atención. Consiguió sacar un caballo de la cuadra y emprendió la huida rumbo a Nyria, rumbo del que nunca se debió desviar. Dejó atrás a su compañero Enrique, y a los duques que los cobijaron cuando no tenían esperanzas, y que quedaron considerados un pequeño matiz en su viaje, sin más trascendencia en esta historia.

El sol volvió a alzarse en el horizonte, y Jorge se encontraba mejor que nunca, le había sentado muy bien el reposo. El aldeano se levantó y miró a su alrededor: Ramón estaba oteando el horizonte con una rama del tamaño de un mondadientes en la boca; Alberto, el

chambelán, estaba de nuevo escribiendo con su tinta china, pensativo; David empezaba a despertarse, y los demás dormían como troncos.

Tercer día de expedición:

Desde nuestra posición se divisa ya la segunda etapa de desierto, pero la marcha a la que el general somete a sus hombres es excesiva. Uno de ellos ha amanecido muerto, rodeado de parásitos, la gangrena le había anegado la extremidad inferior derecha, y apenas podía desplazarse. Los aldeanos no se quejan demasiado, pero lo están pasando tan mal, o peor que los soldados.

Escasea la comida, y suerte que nos proveímos bien de agua potable, de no ser así, ya se nos habría agotado.

El soldado Antonio discurre con normalidad, aunque se fatiga más fácilmente que antes.

Estimo que llegaremos a la Etapa Oscura en tres días, o quizá en dos si seguimos a este ritmo.

Wenceslao cabalgó hasta la frontera, donde compró alimentos y descansó unas horas, después envió a un emisario con un mensaje para su rey, anunciando su temprana llegada a Pasinia.

Mientras tanto, Trinidad encontró cobijo en una posada de Cazquenía, en su camino hacia Nyria. No podía permanecer mucho tiempo allí pues seguramente el duque Fernando ya ofrecía una recompensa por su cabellera.

- En breve procederemos a sepultar el cuerpo, despertad a los demás – Ramón daba órdenes a los aldeanos y al chambelán, pues eran los únicos que estaban despiertos. A su lado, un cadáver deforme y putrefacto era devorado por las moscas, y ya podían divisarse algunos buitres acercándose.

El resto del grupo se despertó, y enterraron lo que quedaba del cuerpo del fallecido como pudieron. Y después de una oración, reanudaron la marcha.

- Alberto, ¿quedan suficientes provisiones para llegar al otro lado?
– preguntó el general.
- No, señor, seguramente se habrán agotado al atardecer de mañana.

- ¡Comeremos carne de buitre si hace falta! – intervino Antonio, orgulloso.
- Tenía esa idea en mente, pero con este calor, la carne se pudrirá en poco tiempo y no podremos comerla –contestó Ramón.
- Podríamos comer ahora, y caminar hasta que anochezca sin detenernos – dijo Jorge, y al general pareció entusiasmarle la idea.

Un par de soldados tomaron sus arcos y dispararon a los buitres, algunos se dispersaron, los más incautos, siguieron picoteando los restos humanos que se habían desprendido del cadáver al enterrarlo.

Media docena de buitres fueron suficientes para alimentar a las diez personas que integraban el grupo, al principio pareció excesivo, pues no podían comer demasiado, pero aprovecharon sólo las partes más sabrosas del carroñero.

Después del “manjar”, continuaron la marcha a un ritmo tan bueno como el que llevaban antes de cruzar el Tínegar.

- Le compro uno de sus mapas por cinco florines- ofertó Trinidad a un paisano nyrio, una vez llegó a la frontera. Como era de esperar, una oferta tal no podía ser rechazada, y el viandante aceptó.
- En un día habré llegado al castillo, y podré cumplir la misión que me fue encomendada –pensaba el soldado para sus adentros.

III · Entrada a lo desconocido ·

La expedición seguía caminando, sin ver otra cosa más que arena en el horizonte. Todos miraban al frente, con la esperanza de encontrar algún pequeño poblamiento, o al menos algo de vegetación y de fauna, aparte de escorpiones y serpientes del desierto.

- ¡General! – exclamó uno de los soldados con un tono de inmensa alegría. Ramón se sobresaltó - ¡Mire!

A lo lejos podía divisarse un pequeño lago rodeado de palmeras.

- ¡Que baje Dios a ver esto!- el general parecía más entusiasmado que de costumbre, ya que nunca aparentaba que le preocupase la situación.
- No deberían excitarse vuestras mercedes – el chambelán Alberto agitó la fiesta -. Según he leído, el calor y el cansancio producen alteraciones en la percepción visual, provocando espejismos, que son reflejos del sol que el cerebro interpreta como paisajes paradisiacos.
- Tonterías, podemos verlo todos claramente, esta vez se equivoca –a Antonio no le gusto nada la actitud pesimista del chambelán.
- ¡Dejar de discutir!- gritó el general, interrumpiendo a Alberto, que iba a defender su hipótesis – Tenemos que llegar hasta allí cuanto antes, empieza a anochecer y apenas hemos avanzado, y si no encontramos cobijo alguien más amanecerá muerto mañana.

Se hizo el silencio, y el grupo siguió marchando a buen ritmo.

Wenceslao llegó por fin a Sovia, y se alojó en una posada cercana a la entrada de la aldea, donde durmió antes de llevar a cabo su misión, arrebatándole la insignia al orfebre soviano.

Trinidad caminó toda la noche, hasta llegar al pie de La Colina, en cuyo punto más alto se erigía el castillo.

El soldado encontró un sitio donde pasar la noche, una pequeña ermita en la ladera de La Colina, donde el ermitaño le dio la bienvenida muy amablemente:

- Hace siglos que no veo a ningún joven asomarse por esta zona – comentaba el ermitaño con entusiasmo -. Pasa aquí todo el tiempo que quieras, tengo comida en la alacena, y unas mantas de gran calidad, me las trajo mi hermano de las tierras del este, puedes dormir en el suelo, sobre la alfombra si quieres.

No era un gran sitio, pero estaba cerca del castillo y lejos del yugo de los duques de Genia y Cazquenía.

Ramón se despertó, habían acampado junto al oasis, pero no fueron palmeras ni agua lo primero que vio el general al abrir sus ojos, sino oscuridad. Parecía como si no hubiese amanecido, pero sin embargo él sabía por alguna extraña razón que era el momento de despertarse. No había estrellas, y el cielo no tenía el color añil que solía tener. Ramón volvió a mirar arriba después de cerciorarse de que el resto del grupo estaba completo, y durmiendo en silencio. De repente, un rayo de luz le iluminó la cara por un instante, pero después desapareció.

- ¡Despertad! – el general despertó de manera brusca a su tropa, todos se levantaron rápidamente, y quedaron confusos al verse rodeados de oscuridad.
- Pero, general... – intentó comentar uno de los soldados integrantes de la expedición, cuando Ramón lo interrumpió:
- Ya ha amanecido, simplemente una espesa concentración de nubes impide que el sol llegue hasta nosotros. Así que haced los petates de nuevo porque hemos de continuar.
- Definitivamente es obvio que ahora atravesamos el último tramo de desierto, la Etapa Oscura – intervino Alberto -. Hemos llegado antes de lo que estimé, con un poco de suerte veremos tierra firme mañana.

Algunos seguían pensando que era aún de noche, pero reanudaron la marcha sin rechistar.

Trinidad se desperezó, tomó un poco de pan con aceite que le había preparado el ermitaño y salió de la ermita. Caminó colina arriba hasta llegar a la muralla que rodeaba el castillo. Pero no era ése su objetivo ahora, atravesaría el foso de madrugada. Se dirigió al mercado, indicado claramente en el mapa que había comprado el día

anterior. Se abasteció de cuerdas, herramientas y otros útiles que le serían imprescindibles para entrar en el castillo sin ser visto.

Wenceslao no tardó mucho en encontrar la orfebrería, en una aldea de cien habitantes no era tarea difícil.

Para su sorpresa, no fue el condecorado orfebre lo que encontró allí, sino su hija.

- ¿Dónde puedo encontrar al orfebre? – preguntó el general con voz grave, como si estuviese enojado de haber encontrado a una mujer en lugar de su hombre.

- No se encuentra en la provincia hoy, yo soy su hija, Cristina, ¿puedo ayudarle en algo?

- Esto será más fácil de lo que pensaba – pensó Wenceslao para sus adentros -. Lo que ocurre es que vengo a recoger algo muy valioso que le dije a tu padre que estudiara - dijo.

- En ese caso tendrá que venir usted mañana – contestó Cristina amablemente -. Aunque si no recuerdo mal, mi padre informó a todos sus clientes de que no vinieran a recoger objetos preciosos hoy.

- Escucha – el general alzó la voz, malhumorado -. Esta noche parto hacia el frente de Valburgo, no sé si tu cultura alcanza a tanto, supongo que sabes qué es la Muralla Magna. Pues necesito recoger eso antes de que anochezca, puede que no regrese vivo de la batalla.

- Discúlpeme – la aldeana sentía gran repulsión hacia ese hombre, pero su rango le impedía faltarle el respeto -. Pero tendrá que esperar hasta mañana, ahora le ruego que se vaya.

Wenceslao abandonó la orfebrería gruñendo, decepcionado. Al día siguiente irían a recoger la insignia y seguramente quedaría fuera de su alcance. También puede que el orfebre averigüe el verdadero valor del objeto o su procedencia y lo entregue a las autoridades, lo incluso puede que lo use en beneficio propio! Si no conseguía esa insignia cuanto antes, su misión sería un fracaso asegurado, e incluso podría ser peor si se consigue información detallada y se corre la voz.

Cuarto día de expedición:

Todos hemos amanecido sanos y salvos, los buitres aún nos llenan los estómagos y podremos caminar bastante sin problemas.

Hemos llegado ya a la última etapa, la Etapa Oscura. Ahora comprendo el porqué de este nombre. Una densa capa de nubes se cierne sobre nosotros, e impide el paso de los rayos de sol convirtiéndose en una masa opaca que nos sumerge en una gris oscuridad. Temo que en los próximos días jamás veremos la luz del sol, y a causa de esto será más difícil encontrar más fuentes de comida o agua. Pero nos hemos provisto bien, por suerte anoche encontramos un oasis de cuya agua nos hemos provisto. Creo que no nos faltará agua durante lo que queda de camino hasta tierra fértil.

Nuestras heridas se han cerrado, la salud nos anima, la oscuridad nos desespera.

Cayó la noche, y Trinidad se disponía a entrar en el castillo. Durante la tarde había estado hablando con los guardias y observando el edificio desde distintos ángulos; por supuesto, había conseguido localizar los aposentos del rey.

Intentó el soldado conseguir una audiencia con su majestad, pero, como esperaba, le había sido denegada. Necesitaba título nobiliario y una expresa autorización del rey de Pasinia, que por cierto, seguía bajo el tratamiento de Miguel Ángel, y aún le quedaban un par de días en cama.

Mas esto no suponía un problema, Trinidad escalaría unos cuantos metros y entraría por la ventana de la habitación del rey. Pero aún no, más entrada la madrugada.

Mientras tanto, en algún punto del desierto entre Pasinia y Capitolio, un grupo de diez hombres caminaba en las tinieblas, sin saber cuánto habría que esperar hasta llegar al final:

- Nos detendremos para descansar cuando hayamos recorrido unos metros más – dijo Ramón, con el fin de dar ánimos a la tropa -. Debéis recordar que cuanto más caminemos hoy menos quedará por caminar mañana.

- Señor, espero que no sean demasiados los metros por recorrer antes de descansar, porque uno de nuestros hombres sufre extraños dolores en el estómago y su temperatura corporal cada vez es mayor – comentó un soldado, el mismo que solía ayudar al chambelán en las necesidades médicas del grupo.
- Estoy de acuerdo con él, creo que deberíamos detenernos cuanto antes, señor- Antonio se esforzaba al máximo para continuar con el mismo ritmo que el resto, ya que tenía que ayudar a desplazarse a David, quien estaba tan exhausto que apenas podía seguir caminando.
- ¿Y bien, señor? – Jorge ansiaba una respuesta positiva, sufría numerosos mareos aunque, a pesar de ir por detrás de los demás, seguía caminando por su propio pie.
- Unos metros más, se ha dicho –Ramón era siempre inalterable frente a las quejas de sus hombres.

IV · Puertas de celosía ·

*ΑΥΜΩ ΥΝΝ Χ8πισΕ9
Σε03 Α8 ΠσσΞσΕ9*

Este extraño texto apareció ante los ojos de Trinidad, grabado en la pared que escalaba el soldado en su camino a la ventana de la habitación del rey.

El idioma era similar al que se escribía hace siglos en los reinos del este, que el espía había estudiado cuando viajó al país del arroz en su infancia.

Trinidad memorizó el texto y se dirigió a la ventana más cercana. Se mantuvo en pie como pudo sobre el alféizar, y sacó una pluma y un trozo de pergamino que llevaba en la mochila, junto con las cuerdas y demás herramientas. Copió el escrito en el pergamino y reanudó la escalada, no tenía tiempo para traducirlo ahora, podía llevarle horas o incluso días.

Las primeras gotas de sudor caían sobre las ropas de Trinidad, ya casi había llegado al punto más alto del castillo, donde se encontraba la habitación del rey. Una vez dentro, aún no sabía como se las apañaría para registrar la recámara, en realidad sólo tenía que encontrar el lugar en el que el soberano guardaba sus documentos personales. En su profesión como espía, Trinidad había aprendido que éstos documentos suelen encontrarse en lugares simples, como un pequeño armario o un cajón, pero siempre bien cerrados con llave o con algún otro mecanismo más seguro; a estos lugares sólo (en principio) tiene acceso el rey, y, a lo sumo, el ingeniero real que los diseñó.

En un último esfuerzo, el soldado se agarró a las jambas de la ventana del lecho real.

- ¡Tabernero, ¿y mi cerveza?! – Wenceslao solía beber cuando algún plan no le salía bien, aún así, no se daría por vencido.
- ¿Quiere vuestra merced algo más? – El general empezaba a irritar al humilde tabernero, que abstenía su rabia.

- ¿Qué le trae por nuestros alrededores? – preguntó el tabernero mientras servía la tercera cerveza, intentando hacer migas con el general.
- Pues... vine a recoger algo de la orfebrería pero, según dice su hija, el orfebre se encuentra en otra provincia.
- Sí, es cierto que salió de Pasinia, pero mañana estará aquí de nuevo, así que...
- ¡No! – interrumpió bruscamente Wenceslao - ¡No puedo esperar! ¡Eso mismo le dije a su hija! ¡Pero esa fulana se negaba a acceder!

La rabia del general se podía palpar en toda la taberna. Éste dejó un par de florines sobre la mesa (menos de lo que costaban en realidad tres jarras de cerveza) y salió del lugar, dando un portazo.

Debían de quedar algo menos de cuatro horas para que amaneciera, Wenceslao volvió a su posada. Cogió una palanca de hierro que había hurtado esa misma tarde, y se dirigió a la orfebrería.

La aldea estaba desierta, sólo la luz de la luna alumbraba Sovia. No había nadie excepto un par de guardias que vigilaban la zona para evitar saqueos o conflictos, que eran escasos.

Wenceslao se acercó a uno de los guardias, esperó que el otro quedase fuera de su vista, y, sacando la daga con gran habilidad, asestó un golpe en el cuello al hombre de armas, que murió en el acto.

Una vez frente a la puerta de madera, metió la palanca por el quicio e hizo fuerza, utilizando las dos manos. Sin embargo no consiguió abrirla de ese modo, y enfurecido tiró la pieza metálica contra el suelo. Pero no se daría aún por vencido, se acercó al guardia muerto, y cogió su alabarda. Empuñándola con las dos manos y por la parte superior, cerca de la pica, golpeó con todas sus fuerzas la puerta de madera. Un enorme agujero quedó hecho, pero el ruido llamó la atención del otro guardia, que se dirigió al lugar del que provenía el estruendo.

Wenceslao se escondió tras una pila de cajas que había junto a la orfebrería, y esperó a que llegase el guardia.

- ¿Hay alguien ahí? – estas fueron las últimas palabras del incauto, pues que después de encender una pequeña antorcha, se giró y vio el cadáver de su compañero, y mientras lo contemplaba asustado, el general nyrio arremetió contra él, clavándole la alabarda en el costado. Éste corrió la misma suerte que el primero.

Rápidamente, Wenceslao cogió la antorcha y continuó con su faena, hasta que destrozó por completo la puerta.

Lo primero que vio al entrar fue otra puerta al fondo de la habitación, tras la que seguramente se encontrarían los objetos de valor.

Trinidad ya estaba de pie en el hueco que ocupaba la ventana, dispuesto a abrirla, cuando oyó un grito. El soldado, sorprendido, miró hacia abajo, de donde provenía el sonido. Rápidamente descubrió su origen, un soldado lo había descubierto, y corría ahora dando la alarma.

Sin pensarlo, Trinidad sacó de la mochila una cuerda, la ató al picaporte exterior de la ventana y se lanzó al vacío, deslizándose por ella. Aún no había descendido ni siquiera una decena de metros cuando escuchó el tañer de una campana, que resonaba por todo el castillo. Sin dejar de deslizarse, Trinidad miró hacia arriba, uno de los guardias que dormían asomó por la ventana, y lo vio. Sin perder un solo segundo el guardia sacó una daga y comenzó a cortar la cuerda de la que pendía el espía.

Ante esto, Trinidad soltó la cuerda y se dejó caer, apenas rozándola. Poco después miró hacia arriba de nuevo, no debía de quedarle mucho tiempo a la cuerda, así que se agarró fuertemente a ella, parándose en seco. No pasaron un par de segundos antes de que el guardia cortase por completo la soga, y Trinidad comenzase a caer. Menos de diez metros le separaban del suelo, aun así la caída sería dolorosa.

- ¡Clonc! – el espía cayó sobre un guardia que había acudido a la llamada de campana y corría hacia el lugar, amortiguando levemente su caída.
- ¡A él! – gritó otro guardia, que parecía de mayor rango.

Trinidad, aún aletargado, se levantó. Tres guardias se dirigían hacia él, pero éste no vaciló, sacó una daga y la lanzó contra uno de los guardias. La daga entró por la ranura del casco y se le clavó en el ojo, haciéndolo caer. Tras esto, Trinidad salió corriendo en dirección opuesta a los guardias. Se encontraba atravesando los jardines reales cuando una docena de flechas salieron disparadas desde las ventanas del castillo con él como objetivo.

La suerte acompañaba al espía, pues parecía correr mucho más que sus perseguidores y las flechas no alcanzaban su blanco. Al final de los jardines, Trinidad divisó un muro de piedra de poco más de dos metros de altura, aumentó la velocidad y saltó con todas sus fuerzas, agarrándose con las dos manos al borde superior del muro.

En un último esfuerzo, Trinidad pasó por encima del muro, y se alejó corriendo del castillo. Los guardias lo persiguieron durante unas horas, pero después de perderlo de vista tras la ladera, optaron por cesar en su intento de encontrarlo.

El general cargó contra la puerta, ésta se abrió en cuanto su hombro la tocó.

Dentro de la oscura habitación había docenas de arcas y baúles, y también bolsas de tela llenas de extrañas figuras de metal. Después de registrar una decena de cofres, y apropiarse de todo aquello de brillo dorado, los ojos del general se iluminaron, había encontrado la insignia.

Sin más preámbulos la guardo en una bolsa de tela junto con el resto de objetos robados y se dio a la fuga.

- ¡Alabado sea Dios! – un grito en la lejanía despertó al grupo, que dormía después de una dura jornada.

Jorge se levantó en la oscuridad, y vio una pequeña luz a unos cien metros del campamento, que parecía acercarse rápidamente.

El resto de los soldados también se sobresaltaron, y se apresuraron a encender sus antorchas.

Un soldado corría hacia ellos con una antorcha en la mano, muy excitado:

- ¡General! ¡General!
- ¿Qué sucede, soldado? – Ramón identificó al hombre como uno de los suyos.
- ¡Tierra fértil! – el soldado apenas podía respirar después de la carrera.

El general se dio media vuelta:

- ¡Hemos llegado a Capitolio! – anunció a sus hombres levantando los brazos.

La felicidad de la tropa era colosal, rápidamente todos cogieron su mochila y reanudaron la marcha con la moral más alta que nunca, en breve abandonarían aquella tierra de nadie para adentrarse en los reinos de Noriega rumbo a Huécar Montañosa. Aquel día saldría de nuevo el sol.

Amaneció por fin, y Wenceslao ya estaba a medio camino de su ciudad natal, donde Rubio aguardaba su llegada.

Quinto día de expedición:

Uno de los hombres divisó las tierras verdes de Capitolio, y ya casi podemos palpar el ambiente del gran imperio.

Todos rebosamos de alegría, según el general un grupo de capitolinos nos ha localizado y pronto el rey tendrá noticias de nuestra llegada.

Después de todos estos días de duro trabajo Ramón promete descanso absoluto una vez pisada tierra fértil. Los aldeanos y algunos de los soldados necesitan atención médica, pero podrán llegar sin problemas hasta el final.

El rugido de nuestros estómagos es atenuado por el éxtasis de haber cruzado por completo el desierto. Pero aún nuestra aventura no ha concluido, aún nos quedan pueblos, bosques y ríos por atravesar en nuestro camino hacia la aldea perdida de Huécar Montañosa.

Aún no había atardecido cuando la expedición pisó por fin Capitolio. Se alojarían en una posada, donde descansarían casi un día entero, para después reanudar una marcha sin pausa hasta el otro lado del imperio.

Los aldeanos, Antonio y un par de soldados más se quedarían a cargo de un par de médicos de la zona, conocidos de Ramón.

Esa noche todos comieron en El Gran Convento, un amplio recinto dirigido por monjes donde se celebraban reuniones de altos cargos.

Todos comieron como reyes, por supuesto todo era subvencionado por el rey Santiago, que había recibido noticias de la llegada de sus hombres a Capitolio esa misma tarde.

Cayó la noche, y Trinidad se asomó a la ventana de la ermita. Había al menos tres veces más guardias que la noche anterior. Pero tenía que conseguir información de alguna manera, así que empezó a preparar una nueva estrategia. De repente, un ruido sobresaltó al espía. Las puertas del castillo se abrieron, y Trinidad agudizó su vista: un caballero cruzaba galopando el foso, una vez entró en el castillo, levaron de nuevo el puente y todo volvió a quedar en silencio.

“Es verdaderamente extraño que estuviesen esperando a alguien, las antorchas estaban apagadas, y tampoco había guardias custodiando el puente, seguramente estarían reforzando la seguridad en las zonas más desprotegidas. Además es muy tarde, debe de ser algo muy importante para que llegue tan entrada la noche, pero sin embargo han abierto la puerta sin ni siquiera preocuparse de la identidad del caballero...” Numerosas dudas asediaban la mente de Trinidad, cuando se acordó de la inscripción en la pared del castillo que había visto la noche anterior:

Α∇ΜΩ YNN X8πισΕ9
Σε0θ Α8 ΠσσΞσΕ9

Parecía estar escrito en la lengua oriental antigua, Trinidad intentó traducir parte del texto, intentando recordar sus hazañas en el país del arroz:

Α∇ΜΩ sería un determinante, seguramente indefinido, y no había signos de pluralidad, así que quizás su traducción fuera “un”.

Α8 era también un determinante, “la”, de esto parecía estar seguro.

Las últimas palabras de cada línea serían verbos, pues la terminación *σΕ9* indicaba pretérito perfecto simple, y la letra *E* de dicha terminación aseguraba que se trataba de un verbo de la segunda conjugación “-er”, muy posiblemente de la segunda persona.

Trinidad no conseguía identificar el resto de palabras, y sus deducciones no le llevaban a ninguna conclusión.

- ¡Claro, eso es! – dijo de repente, después de estudiar detenidamente las palabras.
- Σε0θ creo que es la forma adjetiva de Σε0ζ, “rapidez” – Trinidad hablaba en voz alta sin darse cuenta, pero no perturbó el sueño del ermitaño, que se encontraba en la habitación contigua.
- Mmm, en cuanto al resto, sigo sin descifrarlo, así que estoy como al principio- tomó un papel y escribió:

Un/a ___ ___iste
Rápido/a la ___iste

- Siempre suponiendo que mis deducciones sean correctas...- Trinidad seguía dubitativo.
- ¡Háganlo pasar! – Rubio pasó la noche en vela esperando a su caudillo, que por fin había llegado.
- Su majestad- Wenceslao hizo una reverencia, y se acercó al monarca -. He aquí el objeto preciado.
- ¡Gran trabajo, general! Tendrá su recompensa – el rey estaba más emocionado que nunca, el tacto de la insignia despertó de nuevo sus ansias de poder.
- Majestad, puede que tengamos un problema, hice lo que pude por conseguir mi objetivo con gran sigilo, sin que nadie se percatase pero...
- ¡No! – Rubio lo interrumpió, y el general se sobresaltó-. No hay problema, en cuanto a los guardias... ya he tomado medidas...
- ¿Cómo? – Wenceslao no comprendía a su rey, que esbozaba una malévolamente sonrisa.
- Sí... querido amigo... No podía correr el riesgo de que erraras en tu misión, o que se despertaran sospechas, ¡sería el fin!
- ¿Qué? Así que no confiabais en mí, ¡creí que tenía toda su estima!- Al caudillo no le gustó nada la repentina desconfianza de Rubio.
- ¡Pues hice bien!- el monarca gruñó, no toleraba que le faltaran el respeto -. ¡Si no hubiera sido precavido ahora puede que estuvieras muerto!
- Sí, majestad- Wenceslao agachó la cabeza-. ¡Pero denunciarán el robo!
- ¡Ja! Podría decirse que... – Rubio rió-. Hay un pequeño foco de corrupción en las fuerzas de seguridad de Pasinia...

Las risas malévolas de ambos resonaron en la sala durante unos instantes.

- ¡Padre! He venido tan pronto como he podido, ¿Qué ha ocurrido?¿Por qué estás aquí?- Cristina se acercó nerviosa a la reja de la celda.
- ¡Me acusan del robo de una reliquia!¡Se equivocan! – José Manuel se encontraba vestido con harapos, en una celda sucia, aunque amplia, en los calabozos de Eneria, una ciudad al suroeste de Pasinia, casi desértica. Un resquicio de luz penetraba entre los barrotes de la pequeña ventana en la esquina de la celda.
- ¿Pero quién te ha inculpado? – Cristina estaba cada vez más nerviosa, el robo de objetos de gran valor era a veces castigado con la muerte.
- La portadora de la reliquia solicitó que se la entregase, ipero no se a qué reliquia se refería! Dicen que es patrimonio de la iglesia católica, y que se considera infracción grave el hurto de objetos preciosos de legitimidad eclesiástica, no se que voy a hacer, nadie me cree- el orfebre sollozaba, impotente, casi podía ver su cabeza pendiendo de una soga.
- Tranquilo, padre, te sacaré de aquí cueste lo que cueste – las primeras lágrimas aparecieron en el rostro de Cristina.

Sexto día de expedición:

Hoy ha sido el primer día en que la tropa no ha madrugado, todos estamos relajados y listos para reanudar nuestra marcha.

Algunos de nuestros hombres aún se encuentran bajo atención médica pero se unirán al grupo antes de que caiga el sol. El general ha salido a comprar provisiones, partiremos de aquí con agua y comida suficientes para llegar a Huécar. No obstante, haremos otra parada en Episcopos y quizá otra más antes de llegar a nuestro destino.

Uno de nuestros hombres enfermó anoche y no podrá continuar el viaje, así que será devuelto a Pasinia cuando los médicos lo vean conveniente.

Aún no hemos tenido noticias de Trinidad, que debía haber llegado ya a Pasinia, la mayoría de nosotros creemos que ha perecido en su intento de conseguir información sobre Miguel pero Ramón insiste en que sigue vivo y desempeñando su función.

Ya entrada la tarde, la expedición se puso de nuevo rumbo a Huécar Montañosa, con sus componentes física y moralmente listos, así como el general Ramón, que acababa de llegar con las provisiones. Sin embargo ahora eran sólo nueve, debido a la enfermedad de uno de los componentes del grupo, que sería deportado en breve.

Mientras tanto, Trinidad había dejado a un lado el texto sin traducir para centrarse en su nuevo plan. Actuaría ya, antes de que cayera la noche, porque es entonces cuando aumentan la seguridad.

El espía se vistió como un monje, gracias a las ropas que le proporcionó el ermitaño, y se dirigió de nuevo al castillo.

Las puertas no se cerraban hasta que anocheceía, así que Trinidad no tuvo problemas para llegar hasta la misma entrada del castillo, y se dirigió a los calabozos:

- Soy un monje de la orden de los benedictinos, vengo a dar la última oración a uno de los condenados – Trinidad llevó a cabo muy bien su papel, forzando la voz para que pareciese más anciano, además había benedictinos por todo el continente, así que no levantaría sospechas, y convenció por completo al guardia.

El espía bajó hasta las profundidades del calabozo, y encontró a un pequeño grupo de guardas en una mesa derruida jugando a las naipes. Una pila de florines presidía la mesa, al parecer había mucho en juego en esa partida.

Trinidad se paseó por los pasillos del calabozo, sin alejarse mucho de la mesa, aguardando el final de la partida, se le había ocurrido una gran idea que haría mucho más fácil su plan.

Cristina comentó todo lo ocurrido con Sarah, su mejor amiga, y juntas fueron a ver a Ricardo, el hombre de armas.

- Así que han encerrado a tu padre por un robo que no ha cometido...- dijo el soldado tras escuchar a las aldeanas-. Pues no va a ser fácil liberarlo si no hay ninguna prueba que demuestre su inocencia.
- ¡Claro que sí! No hay ni ha habido nunca rastro de esa supuesta reliquia en la orfebrería, podéis mirar todos sus papeles, allí mi padre anota toda la información sobre los objetos que le dan para repararlos o para investigar sobre su valor o su utilidad- Replicó Cristina.
- Pero eso el tribunal no lo creerá. Tu padre pudo deshacerse fácilmente de todas las pruebas que lo implicaran- Ricardo sabía desde el principio que sería prácticamente imposible contradecir al consejo del tribunal urbano.
- Pero...-Cristina suspiró-. El rey debe tomar parte en esto, intercederá por mí, ya que nosotras hicimos mucho por él al avisaros a vos.
- ¡Su majestad no se encuentra en condiciones de interceder por nadie!- gruñó el soldado-. Lo siento, no puedo ayudarte, ahora tengo muchas cosas que hacer, adiós.

Sarah abandonó la habitación, seguida de Cristina, que dio un portazo, enojada.

- Iré al templo de Ciudadela, con suerte podremos hablar con Santiago.

- Deténte, nunca conseguiremos hablar con el rey, seguramente ni siquiera nos dejarán entrar en el templo- dijo Sarah cogiendo por el brazo a su amiga.
- Tienes razón, pero quiero a mi padre, y no descansaré hasta haberlo liberado.
- En ese caso, te apoyaré hasta el final. Puedes contar conmigo.
- Gracias- Cristina abrazó a Sarah, no sabía si eran de emoción o de preocupación sus lágrimas.
- ¡Maldita sea! – un grito resonó en la mazmorra, seguido de golpes e insultos.

Trinidad se dio la vuelta, uno de los guardas rodeaba lentamente con sus brazos todo el dinero que había sobre la mesa, su rostro mostraba avaricia y emoción. Otro lanzaba maldiciones a todo lo que veía, no sin antes darle un puntapié a la banqueta sobre la que había estado sentado hasta ahora. Tenía las venas hinchadas, y su rostro dilatado y rojo de ira.

El “monje” miró al suelo, junto a su pie descubrió un naipe, se agachó y lo observó. En él aparecía dibujada una figura de un hombre, vistiendo ropas elegantes y con aspecto juvenil. Su rostro le resultaba muy familiar, juraría haber visto antes esa cara. Siguió observando el dibujo, la mano derecha del hombre parecía sostener con la palma hacia arriba un florín de oro gigante, pero sin llegar a tocarlo. En la moneda podía leerse: “Ducado de Cazquenia”. Dejó el naipe en el suelo y se irguió, encontrándose cara a cara con el aparente perdedor la partida.

- ¿Qué hace usted aquí?- preguntó, y Trinidad agachó la cabeza, no quería ser reconocido.
- Podría decirse que El Señor me ha enviado para serle de ayuda.
- No me venga con escepticismos, no estoy para bromas – el guarda parecía cada vez más irritado.
- ¿Quisiera recuperar parte de lo que ha perdido?- le susurró Trinidad al oído, y se alejó.

Tal y como había previsto, el guarda le siguió.

- ¿Quién es usted?
- Un...amigo.
- ¿Qué quiere?
- El Señor está dispuesto a salvar su economía a cambio de cierta información.
- Con que El Señor... ¿Qué tipo de información?- sonrió.
- Acerca de un rebelde... hijo de rebeldes...
- Prosiga- El guarda parecía interesado.
- Quién si no el descendiente de los de Mínguez- dijo Trinidad mientras sacaba un puñado de monedas.

Acto seguido el guarda lo tomó del brazo, y lo condujo hasta un rincón, en la penumbra, donde apenas llegaba la luz de las antorchas.

- ¿Quién te envía? ¿No pretenderás que me crea lo de El Todopoderoso?
- Yo soy el que hace las preguntas, a no ser que decidas prescindir de mis servicios.
- De acuerdo- dijo, a la vez que le arrebatava el dinero de la mano a Trinidad.
- ¿Cómo escapó Miguel de la mazmorra?- Cuestionó inmediatamente Trinidad.
- Una noche, cuando uno de los guardias le traía la comida, lo agarró y lo golpeó contra los barrotes, dejándolo inconsciente, después le quitó la llave y huyó sin dejar rastro.
- ¿Por quién me has tomado?- sacó un puñado de monedas aún mayor –Que tal si me dices la verdad, se más de lo que crees.

- Está bien, su majestad nos pidió que lo lleváramos ante él, pero no lo trajo de vuelta a su celda, nos pagó una considerable suma a cambio de nuestro silencio, nadie debía saber que ya no permanecía aquí. Es todo lo que se.

Trinidad salió a paso rápido del castillo, y fue hasta la ermita, el fraile estaba allí:

- Muchas gracias por todo, hermano, dad por hecho que Dios os lo agradecerá. Pero me gustaría pedirle un favor antes de partir al encuentro de mi rey. Necesitaré estas ropas para ocultar mi identidad.
- Descuida, coge lo que quieras, me halaga poder serte de ayuda, últimamente los religiosos se están volviendo avaros y egoístas.
- Gracias de nuevo, y adiós. Que Dios os lo pague.

Trinidad robó un caballo, y salió galopando hacia Pasinia, con el rostro cubierto por la capucha.

- Según el mapa, Episcopos está justo detrás de este bosque- Dijo Alberto, señalando un grupo de árboles altos y gruesos, que formaban la cara principal de un bosque, todos perfectamente alineados.
- Este bosque tiene muy mala fama, se dice que está lleno de bandidos- comentó Ramón.
- También dicen que en él viven cientos de criaturas verdes y escurridizas que te emboscan y te saquean- añadió Antonio, entre risas.
- ¿No me digas?- dijo Jorge, burlón.
- Bueno, basta de risas, continuemos- dijo Ramón, avanzando.

Los pioneros se internaron en el bosque, empezaba a oscurecer. A menudo se sobresaltaban cuando las ardillas saltaban de un árbol a otro, más de uno echó mano al carcaj y tensó su arco.

Debían ir por la mitad del bosque, cuando de repente los caballos se detuvieron.

- ¿Qué ocurre?- dijo Antonio, dándole palmadas en el costado a su corcel.
- Perciben el peligro- respondió Alberto, con una mirada mística, los ojos entrecerrados.
- Sigamos- Ramón tiró de las riendas de su caballo, obligándolo a avanzar.

Los equinos empezaron a retroceder, acongojados, moviendo la cabeza de un lado a otro, como buscando algo desesperadamente